

Otro Estado, otra cultura

Enrique González Pedrero

En este texto, leído en el ciclo Los Grandes Problemas Nacionales, Diálogos por la Regeneración de México, realizado el 15 de mayo de 2012 en el Club de Periodistas, Enrique González Pedrero analiza la mutación de implicaciones políticas y sociales del mundo actual, donde el Estado se erosiona frente al embate del capitalismo virtual.

Apaga la tele y enciende la calle.
Eduardo Galeano
Los hijos de los días

ESTADO

Sabemos que el Estado ya no es lo que era, porque sabemos también que ni el tiempo ni el espacio lo son, porque ya nada lo es. El tiempo porque es el resultado de lo que ha sido, de lo que es, de lo que será: está siempre en camino, aunque el incremento permanente de la velocidad lo está transformando de manera radical. Y el espacio, porque los medios de comunicación y de transporte lo han enjutado. Por consiguiente, hay que situarse y reflexionar sobre lo que ocurre con el Estado, a pesar de que su nombre pareciera indicar lo contrario, pues Estado es “lo que permanece, lo que queda por debajo de lo que pasa”.¹

Para Anthony Giddens, la globalidad está directamente relacionada con la transformación del espacio y el tiempo, en lo fundamental por la influencia de los medios de comunicación mundial e instantánea, y de

la transportación masiva o de gran capacidad que dieron origen a la “aldea global”.

Lo que ocurre en el mundo es exactamente lo opuesto de lo que sucedía en los albores de la cultura occidental, cuando los griegos crearon la política y la economía. Aquella, como sabemos, tenía que ver con la *polis*, con los *polites* (ciudadanos) y con la libertad, en tanto que la economía, como su nombre lo indicaba, (*oikos*: casa, *nomos*: ley) estaba relacionada con lo privado y lo familiar.

Según el pensamiento griego —dice Hannah Arendt—, la capacidad del hombre para la organización política no es sólo diferente, sino que se halla en directa oposición a la asociación natural cuyo centro es el hogar (*oikia*) y la familia. El nacimiento de la ciudad-Estado significó que el hombre recibía además de su vida privada, una especie de segunda vida, su *bios politikos*. Ahora todo ciudadano pertenece a dos órdenes de existencia y hay una tajante distinción entre lo que es suyo (*idion*) y lo que es comunal (*kinn*).²

¹ Régis Debray, *El Estado seductor. Las revoluciones mediológicas del poder*, Ediciones Manantial, Buenos Aires, 1995, p. 17.

² Hannah Arendt, *La condición humana*, Ediciones Paidós, Barcelona-Buenos Aires, 1993, p. 39.



Arne Quinze, *The Sequence*

Hay otra expresión semejante a aquella que recordábamos antes, y es la que se expresa (con escasos beneficios para la claridad mental) en la sonora palabra, ahora en boga, *globalización*.³ Por la globalización, el espacio-tiempo se ha comprimido y, por tanto, la economía le ha ganado la carrera al Estado, pues el capital se desplaza mucho más velozmente que cualquier Estado arraigado a su territorio. Mientras que el Estado “camina”, el dinero “vuela”. Mientras el Estado tiene densidad, el dinero hace tiempo que dejó de ser metálico y, por tanto, no pesa. Como dice Zigmunt Bauman, “aquello que se mueve con velocidad similar a la del mensaje electrónico está prácticamente libre de las restricciones relacionadas con el territorio dentro del cual se originó”.⁴

Esto hace que el Estado nacional paulatinamente se erosione, tal vez, a una velocidad equivalente. Tenemos un ejemplo reciente a la mano: lo que comenzó como advertencia del gobierno español a la Argentina, en el sentido de que si el gobierno de la presidenta Cristina Kirchner osaba ejercer su soberanía y expropiar la compañía Repsol YPF podría llegarse, inclusive, hasta la ruptura de las relaciones diplomáticas entre ambos países. La amenaza no se cumplió, pero sirvió para mostrar hasta qué grado ha llegado la identificación entre una empresa y el Estado español. ¿Quiere esto decir, simple y llanamente, que en España empresa y Estado son ya una y la misma cosa? Esta pregunta se encadena con la siguiente: ¿acaso esto sólo ocurre en España?

³ Zigmunt Bauman, *La globalización, consecuencias humanas*, Fondo de Cultura Económica, México, 2011, p. 80.

⁴ *Op. cit.*, pp. 75-76.

El ejemplo de la nacionalización petrolera de la Argentina muestra claramente el deterioro del Estado en relación con las megaempresas y con la “magia” de la inversión extranjera como meollo del desarrollo. Las declaraciones de Felipe Calderón Hinojosa que repudian el acto soberano del gobierno argentino, tachándolo de irracional y que habla desde el país que, en marzo de 1938 por voz del presidente Lázaro Cárdenas declaró la expropiación del petróleo en México y con ella consolidó nuestra identidad nacional, lo dice todo. Pareciera que ahora a la palabra *expropiación* habría que proscribirla del diccionario. Nuevamente, la pregunta surge de inmediato: ¿en qué limbo quedó la característica fundamental del Estado: la *soberanía*? Ese término al que Jean Bodin definía como “la potestad absoluta y perpetua de una República”. Lo que menos podemos decir es que esa potestad se ha relativizado en grado sumo y ahora, al parecer, se comparte con la mano invisible del mercado y, desde luego, la *perpetuidad* se ha desdibujado, para decirlo matizadamente.

Pero centrando nuestro tema en el ejemplo mexicano, que es el que nos toca más de cerca, aquí las cosas no han sido sencillas porque desde los orígenes de la Independencia tuvimos dificultades para la fundación del Estado. Primero, porque el Clero y el Ejército con sus fueros y privilegios lo sustituyeron *de facto*, y luego, porque para llegar a su creación después de lograda la Independencia, fue necesaria una enconada lucha entre escoceses y yorkinos, centralistas y federalistas, monarquistas y republicanos; en suma, entre conservadores y liberales, que buscaron señalar el camino de México y con

su triunfo trataban de lograr su identidad, a través de su ideología y sus principios.

La pugna fue complicada y si nos atenemos a un libro del filósofo e historiador Edmundo O’Gorman: *La supervivencia política novohispana. Reflexiones sobre el monarquismo mexicano*,

en nada aprovecha, antes daña, adoptar la proverbial actitud del avestruz y poder aparentar, de ese modo, que, por ejemplo y para volver al caso, los intentos de constituir a México en monarquía siempre carecieron de raíces de profunda autenticidad histórica... se logra ofrecer así una imagen inmaculada y *ab initio* del ser republicano del pueblo de México, útil, sin duda y aun necesaria, en los momentos más ardientes de la prolongada y agria polémica que sostuvieron los voceros de ambas tendencias a lo largo de las seis primeras décadas de la historia nacional,⁵

pero ello deforma la comprensión de lo que realmente ocurrió y de las dificultades que tuvieron que superarse para lograr el triunfo de la República.

La interpretación de O’Gorman a las primeras seis décadas de la historia decimonónica de México le da orden y sentido a lo que, de otro modo, parece un galimatías de revueltas, asonadas, golpes de fuerza, traiciones, en un país inestable que parecía caminar sin brújula hacia quién sabe dónde y con finalidades más personales de los participantes (en particular de Santa Anna, unas veces liberal y otras conservador), que de sentido colectivo.

He recordado el triunfo liberal obtenido por la generación de Reforma encabezada por don Benito Juárez, luego de la victoria sobre el imperio de Maximiliano, y que no fue una tarea nada fácil, ni mucho menos, y un papel importantísimo en aquel éxito fue el que jugaron las Leyes de Reforma que iban encaminadas a lograr una transformación *cualitativa* de la sociedad mexicana. Sin la Reforma Social de México, que se logró al triunfo de la Revolución de Ayutla, con la aplicación de las mencionadas Leyes de Reforma, hubiera sido circunstancial el éxito de los liberales (puros) para volver, al cabo de cierto tiempo, al tradicional enfrentamiento entre monarquistas y republicanos que caracterizó a un lapso del XIX, hasta el fusilamiento de Maximiliano en el Cerro de las Campanas. Pero, insisto, el triunfo se debió, sobre todo, a la Reforma Social que logró aquella ilustre generación.

Hago hincapié en este señalamiento, porque me parece que sin una Reforma semejante va a ser muy difícil, en nuestros días, variar el curso de los acontecimientos. Y ¿en qué consistiría el comienzo de una Reforma de esa

envergadura en el México actual? En algo que, en apariencia, no requeriría de un gran esfuerzo, pero de lo que depende todo lo demás: tiene que ver con la ausencia de ciudadanos que el país nunca se preocupó en formar.

A propósito del concepto *ciudadano*, que todo mundo cree entender por el uso cotidiano, que empleamos a diestra y siniestra para nombrar al común de los mortales: al famoso hombre común y corriente que ahora es el “ciudadano de a pie”. Pues bien, ese “ciudadano de a pie” escasea en México, por una razón muy simple: porque no lo hemos formado. Pues los ciudadanos no nacen, *se hacen*, se forman a través de la educación y la cultura que enseñan a *pensar*, paso previo al *hacer*, y como nunca hemos tenido una política educativa sistemática y permanente, porque nuestro “sistema métrico sexenal” (Novo *dixit*) inventa el hilo negro cada seis años, hay ciudadanos porque así lo manda el artículo 34 de la Constitución, ciudadanos de *jure*, cuando se cumplen los dieciocho años y se tiene “un modo honesto de vivir”, *pero no por la conciencia de serlo*, es decir, ciudadanos *de facto*.

Porque un ciudadano sabe pensar y actuar, y conoce sus derechos y obligaciones en relación con la sociedad de la que forma parte y está en comunicación permanente con sus conciudadanos. Por tanto, un ciudadano sabe pensar y actuar en consecuencia. Un ciudadano es



⁵ Edmundo O’Gorman, *La supervivencia política novohispana. Reflexiones sobre el monarquismo mexicano*, Fundación Cultural de Condu-mex, S. A. Centro de Estudios de Historia de México, México, 1969, p. 5.



lo contrario de un hombre adocenado que sólo ejecuta órdenes sin reflexionar si está de acuerdo o no con ellas.

La tarea va a complicarse en los tiempos presentes, primero porque habrá que recuperar, a través de un mandato democrático, la primacía de la política sobre la economía, y luego, mantener esa dirección durante el lapso suficiente para realizar la tarea con la que comience el programa de *reforma* que busque llevar a cabo con el consenso, en la medida de lo posible de tirios y troyanos, la política educativa, cívica, cultural y científica que forme a los ciudadanos y los cuadros profesionales que el país necesita para ocupar, tanto en América Latina como en el resto del mundo, el lugar digno que México merece; la política económica que rescate al campo y busque la soberanía alimentaria y que propugne la creación de empleos que el desarrollo verdadero supone; para aprovechar al máximo la principal riqueza de México: su población; lo que los neoliberales llaman “capital humano”, olvidando que es el hombre quien crea la riqueza (con su trabajo) y no la riqueza la que crea al hombre. Así como la eliminación de la deuda pública, externa e interna, bomba de tiempo, que en cualquier momento puede estallarnos en las manos; y además emprender el rescate de las grandes empresas públicas, (Pemex y CFE) de las que ha dependido buena parte de la riqueza nacional, y fortalecer la política interna e internacional que se requiere, para darle a la sociedad y a sus miembros la *seguridad* que necesitan y

sin la cual no es posible vivir con la integridad que la civilización supone.⁶ Pero para llevar a cabo esa amplia reforma que reposicione, que *re-funde* al Estado en México, hace falta tiempo y un grupo de hombres: una generación como aquella de la Reforma, que dio vida al México moderno.

Un Estado político que rehúsa ser un Estado *social* puede ofrecer poco y nada para rescatar a los individuos de la indolencia o la impotencia. Sin derechos sociales *para todos*, un inmenso y sin duda un creciente número de personas hallará que sus derechos políticos son de escasa utilidad o indignos de su atención. *Si los derechos políticos son necesarios para establecer los derechos sociales, los derechos sociales son indispensables para que los derechos políticos sean “reales” y se mantengan vigentes.*⁷

Revisemos ahora algunos de los formidables obstáculos a los que habrá que enfrentar, para estar en condiciones de planear nuestra existencia y no seguir vegetando, sufriendo las consecuencias que nos imponen las circunstancias: o prevalece “la mano invisible del mercado”, con todo lo que ya sabemos que esto supone, de anorexia hasta la casi desaparición del Estado, o reposicionamos a éste, con el apoyo mayoritario de la sociedad, para que mercado, ciudadano, sociedad y Estado jueguen el papel que a cada uno de ellos corresponde en el seno de una vida civilizada.

En un libro que se publicó hace tiempo, *Homo videns*,⁸ Giovanni Sartori develó, en pleno auge de la televisión y sus numerosas derivaciones: computadoras, Internet, teléfonos móviles, ciberespacio, el predominio de la vista (y de los oídos) sobre los demás sentidos y, en especial, sobre la razón humana que transforma al *Homo sapiens*, producto de la cultura escrita, en un *Homo videns*, para el cual la palabra ha sido superada por la imagen. En este libro, fundamental para el estudio del tema, el profesor Sartori sostiene que la televisión está transformando la naturaleza del hombre en la medida en que el niño, antes de saber leer, empieza a aprender frente al televisor. Desde ese momento, lo visible empieza a predominar sobre lo inteligible.

Pero, comenta Sartori, el lenguaje es un instrumento del pensar: el que sabe pensar sabe expresar sus pen-

⁶ En el semanario *Proceso*, número 1853, del 6 de mayo del presente, se publica un artículo muy interesante de Marco Appel, de Bruselas, titulado “Ante el Estado fallido, Narco-estado sustituto”. En la síntesis se señala que “el informe de un experto en criminalidad y seguridad pública (John P. Sullivan) así lo indica y alerta: los cárteles del narcotráfico evolucionan hacia una nueva fase en la que podrían imponerse como un Estado sustituto”, pp. 36-38.

⁷ Zigmunt Bauman, *Daños colaterales. Desigualdades sociales en la era global*, Fondo de Cultura Económica, México, 2011, p. 24.

⁸ Giovanni Sartori, *Homo videns. La sociedad teledirigida*, Taurus, Madrid, 1998.

samientos con coherencia —para ello no es necesaria la vista—. Las civilizaciones se desarrollan con la escritura y es el tránsito de la comunicación oral a la palabra escrita lo que despliega una civilización. “Gutenberg —quien imprime la *Biblia* entre 1452 y 1455— es con quien la transmisión escrita de la cultura se convierte en algo potencialmente accesible a todos” (p. 25). El periódico, que se imprime diariamente, aparece entre los siglos XVIII y XIX.

Desde mediados del XIX, se abre una nueva etapa de avances tecnológicos que desarrollarán la era de la comunicación inmediata: el telégrafo y el teléfono que superan la distancia. La radio, que también la elimina, trae consigo un nuevo elemento: la voz que, al difundirse, no menoscaba la naturaleza simbólica del hombre. Por tanto, libros, periódicos, teléfono, radio son portadores de comunicación lingüística. “La ruptura se produce —dice Sartori— a mediados de nuestro siglo con la llegada del televisor y la televisión” (p. 26).

Y en la televisión el hecho de *ver* prevalece sobre el hecho de hablar, en el sentido de que la voz del medio, o de un hablante, es secundaria, está en función de la *imagen*, comenta la imagen... el telespectador es más un animal *vi-dente* que un animal simbólico. Para él las cosas representadas en imágenes cuentan y pesan más que las cosas dichas con palabras. Y esto es un cambio radical de dirección porque mientras que la capacidad simbólica distancia al *Homo sapiens* del animal, el hecho de ver lo acerca a sus capacidades ancestrales, al género al que pertenece la especie del *Homo sapiens* (pp. 26-27).

En consecuencia, las palabras que se vuelven ideas, humanizan, mientras que el solo hecho de mirar acerca al hombre a sus orígenes. Sartori advierte que la televisión está produciendo una metamorfosis “que revierte en la naturaleza misma del *homo sapiens*” (pues la televisión es, a la vez, *Paideia*), es decir, “un instrumento ‘antropogénico’, un *médium* que genera un nuevo *ánthropos*, un nuevo tipo de ser humano” (p. 36).

La idea esencial del *Homo videns* es la siguiente: “Una tesis que se fundamenta, como premisa en el puro y simple hecho de que nuestros niños ven la televisión durante horas y horas antes de aprender a leer y a escribir”. Este niño, acostumbrado a la escuela divertida de la televisión, que antecede a la escuela aburrida, se acostumbra a ver y ese hábito lo convertirá en un hombre poco adicto a la lectura y, por tanto, poco adicto a la cultura escrita y, por ende, aficionado a la cultura de la imagen. Pero la cultura es, además, sinónimo de “saber”: una persona culta es una persona que sabe, que ha hecho buenas lecturas o que, en todo caso, está bien informada. En esta acepción restringida y apreciativa, la cultura es de los “cultos”, no de los ignorantes (p. 39).

La crítica de la cultura de la imagen a la *cultura*, es que la cultura del libro es elitista mientras que la cultura audiovisual es mayoritaria. “¿Es tal vez mejor —se pregunta Sartori— que todos seamos incultos a que haya unos pocos cultos?” Y responde: “Ésta es la lógica de quien carece de lógica” (p. 40).

El televisor y en general las tecnologías contemporáneas han abolido las distancias y el sentido del tiempo, en el que el pasado y el presente se han subsumido en el futuro, que pareciera ser el único tiempo que cuenta. La velocidad, por tanto, ha cobrado una gran importancia: ya no se trata del ritmo lento de nuestros pasos, “que hacen camino al andar”, como quería el gran poeta Antonio Machado, sino del acelerador del automóvil, del autobús o el Metro, quienes nos conducen desde el hogar hasta el lugar de trabajo, a través de grandes distancias.

El hombre contemporáneo consume una gran cantidad de tiempo en devorar esas extensas distancias. Ya no camina, es transportado: se deja llevar. Los autos lo han invadido todo: calles, plazas, periféricos, edificios enteros están dedicados a alojarlos, cuando no están transitando por la calle o estacionados en las aceras, que han sido expropiadas al transeúnte ocasional que, naturalmente, ha disminuido en nuestras ciudades que antes



podían ser apreciadas caminando. Walter Benjamin dejó espléndidos textos sobre París en el *Libro de los pasajes*, a partir de sus paseos por la Ciudad Luz. Ahora el automóvil está asemejando a las ciudades. Habría que analizar cómo ha influido el auto en el urbanismo, pues las ciudades son cada vez más parecidas: todas quieren tener “el edificio más alto del mundo”, que aleja al hombre actual de la realidad cotidiana y del ruido, y así el *Big Brother* televisivo puede conducirlo mejor y decirle cómo vivir, comer, vestir, amar, divertirse, comportarse con sus semejantes, votar, y hasta morir, como ocurrió con la liquidación de Osama Bin Laden, que fue transmitida “en vivo y en directo” expresamente al presidente Barack Obama y su gabinete, desde Afganistán el 2 de mayo de 2011. Todavía tengo presente el gesto de Hillary Clinton, cubriéndose el rostro con las manos, en el momento definitivo. ¡Mayor *performance* no es posible! (aunque hay incrédulos que dudan de la veracidad de aquella transmisión).

La televisión es pues, como señalamos antes, un factor central en la vida contemporánea, ya que como sabemos, no sólo “forma” sino “informa”, a través de la difusión de noticias, de lo que ocurre en la *aldea global*, aunque muchas de esas informaciones sean relativas a lo que ocurre en el terreno deportivo o, como dice Sartori, “sobre asuntos del corazón o sobre diferentes catástrofes” (p. 65).

El caso reciente de lo ocurrido con la transmisión del primer debate organizado por el Instituto Federal Electoral (IFE) entre los candidatos a la Presidencia de la República, es altamente significativo. Televisión Azteca (el antiguo Canal 13 del Estado mexicano), prefirió transmitir un partido de fútbol que se jugaba a la misma hora, a mostrar en su pantalla el intercambio de ideas entre los candidatos de donde surgirá quien gobierne a México durante los próximos seis años. Este hecho tiene varios significados: en primer término, el *rating* de un partido de fútbol no puede compararse con la audiencia que tiene un debate entre presidenciales, ni produce los dividendos que obtienen los anuncios publicitados durante el partido. Por tanto, la mano invisible del mercado pudo más que la mano visible del Estado. Aparte de otras consideraciones como la que, según la *vox populi*, la televisión privada mexicana tiene su candidato, quien no es muy afecto a debatir sus ideas, plan de gobierno, modos de resolver problemas, con sus adversarios. De manera que lo más probable es que sólo asista al debate que resta, que habrá de organizar el IFE que, por otro lado, ha sido bastante precario pues los participantes sólo tienen intervenciones muy breves. Comparando el encuentro al ocurrido en Francia el dos de mayo, entre los candidatos Nicolás Sarkozy y François Hollande, que duró más de tres horas, hay una enorme diferencia, lo cual es una muestra, tam-

bién, de lo que es la televisión (y el Estado) en Francia y en México.

Creo que es importante lo que piensa el profesor Sartori en relación con los sondeos de opinión que tanta importancia tienen y tanto influyen en la vida política actual. Las encuestas se hacen sobre las respuestas que se dan a las interrogaciones que formula el entrevistador. Por tanto, el modo como se formula la pregunta orienta la respuesta. Sartori se interroga: ¿Es eso lo que piensa la gente? Y responde: “quien afirma esto no dice la verdad”. Y ello por varias razones: la respuesta es:

a) *débil*, no expresa opiniones intensas...; b) *volátil* (puede cambiar en pocos días); c) *inventada* en ese momento para decir algo... y sobre todo d) refleja un rebote de lo que sostienen los medios de comunicación (p. 74).

En todo caso, y esto es lo decisivo, “una opinión no equivale en modo alguno a prever un comportamiento... *no es una declaración de intención de voto*” (p. 75), aunque, a fin de cuentas, las encuestas se emplean justamente para eso. Todo esto está relacionado con la información que brinda la televisión que no sólo transmite noticias: sino que, además, subinforma o desinforma. *Subinformar* es dar información escasa que, ciertamente, enjuta la noticia. *Desinformar* es deformar la noticia.

Recordemos que la difusión de la información comenzó con el periódico que publica lo que sucede día con día. Pero esta información sólo aprovecha a quien sabe leer. La radio abarca, en cambio, a los que no saben leer y escribir: claro que “a esta extensión cuantitativa le puede corresponder un empobrecimiento cualitativo” (p. 81). La televisión abarca, ciertamente, a mayor cantidad de población pero da menor información porque para la televisión sólo es noticia la susceptible de filmarse. Si no hay filmación no hay noticia. El impacto de la televisión reside en lo filmado, en las imágenes. La radio y los periódicos en cambio no enfrentan el problema de tener que estar *en el lugar de los hechos*. La televisión sí, lo que la ha hecho crecer desmesuradamente igual que a las imágenes,

lo cual se traduce en una inflación de imágenes vulgares. Los noticiarios de nuestra televisión actual emplean veinte minutos de su media hora en saturarnos de trivialidades y de noticias que sólo existen porque se deciden y se inventan en la rebotica de los noticiarios (p. 83).

La televisión que ha viabilizado la globalización, al destacar y exagerar noticias locales, termina, paradójicamente, por perder de vista el mundo, en la medida en que la audiencia crece con las noticias locales:

Si las preferencias de la audiencia se concentran en las noticias nacionales y en las páginas de sucesos es porque las cadenas televisivas han producido ciudadanos que no saben nada y que se interesan por trivialidades (p. 86)... ¿Se ha atrofiado el ciudadano por sí solo? Obviamente no. Obviamente la prensa escrita alimentaba unos intereses y una curiosidad que la videopolítica ha ido apagando (p. 87).

Hago una última referencia al *Homo videns*, a propósito de nuestras elecciones presidenciales ya tan cercanas. Es obvio que nos importe la manera como la televisión influye en el elector, y mientras más compenetrados estemos de sus procedimientos, mejor nos cubriremos de esta influencia y sabremos cómo proceder. En la pantalla de televisión importa más el candidato que el partido que lo postula, pues la pantalla chica individualiza las elecciones:

En la pantalla vemos personas y no programas de partido; y personas constreñidas a hablar con cuentagotas... la televisión nos propone personas (que algunas veces hablan) en lugar de discursos... el video-líder más que transmitir mensajes es el mensaje... los medios de comunicación crean la necesidad de que haya fuertes personalidades con lenguajes ambiguos... lo más importante son los "rostros" (si son telegénicos, si llenan la pantalla o no) (pp. 107-108).

Otra observación pertinente que completa la anterior:

En los sistemas presidenciales el jefe de Estado es designado por una elección popular directa. Y por consiguiente,

en estos sistemas la personalización de la política es máxima (p. 109).

CULTURA

Ahora bien, así como el Estado dejó de ser lo que era, con la cultura ha ocurrido algo semejante:

la cultura, en el sentido que tradicionalmente se ha dado a este vocablo, está en nuestros días a punto de desaparecer. Y acaso haya desaparecido ya, discretamente vaciada de su contenido y esté reemplazado por otro, que desnaturaliza al que tuvo...⁹

sostiene Mario Vargas Llosa en su libro más reciente, del que comentaré algunas ideas coincidentes con las que hemos planteado en este texto. Muchas de las características de "esto" que ha sustituido a la cultura, de esta "post-cultura", que busca más la cantidad que la calidad, tiene que ver con la globalización, con la expansión del capitalismo a partir del fin de la Guerra Fría y, desde luego, con la revolución científica y tecnológica. Vargas Llosa coincide con el profesor Sartori en que esta versión *light* de la cultura está vinculada con el predominio de la imagen y el sonido sobre la palabra. Pero Vargas Llosa, más que a la televisión se refiere a Hollywood y a la industria cinematográfica que "mundializa" las películas; y si a esto añadimos la revolución

⁹ Mario Vargas Llosa, *La civilización del espectáculo*, Alfaguara, México, 2012, p. 13.





cibernética, la creación de las redes sociales y la expansión de Internet, tendremos una imagen más completa de esta nueva cultura que está produciendo un individuo que no se caracteriza por su lucidez sino que actúa de manera “condicionada y gregaria, como los perros de Pavlov ante la campanita que anuncia la comida” (p. 29).

A mayor abundamiento, el escritor cita un libro: *Cultura Mainstream* del sociólogo Frédéric Martel, “fascinante y aterrador” en el que sólo se habla de

películas, programas de televisión, videojuego, *mangas*, conciertos de rock, pop o raps, videos y *tablets* y de las industrias creativas que los produce... de las diversiones del gran público que han ido reemplazando (y que terminarán por acabar con ella) a la cultura del pasado (p. 30).

Pero hay una enorme distancia entre la cultura de ayer y el entretenimiento de hoy —a lo que los optimistas llaman también cultura—. Aquella se mantenía a través del tiempo, *permanecía*. Lo de ahora es fugaz:

Para esta nueva cultura son esenciales la producción industrial masiva y el éxito comercial. La distinción entre precio y valor se ha eclipsado y ambas cosas son ahora una sola, en la que el primero ha absorbido y anulado al segundo... Lo que tiene éxito y se vende es bueno y lo que fracasa y no conquista al público es malo. El único valor es el comercial. La desaparición de la vieja cultura implicó la desaparición del viejo concepto de valor. El único valor existente es ahora el que fija el mercado (pp. 31-32).

Recuerdo que Antonio Machado comentó *avant la lettre*, “sólo el necio confunde valor y precio”.

En la “post-cultura”, la cocina y la moda son parte central del contenido de las secciones culturales y son los chefs y modistos quienes bordan sobre sus temas, y los artistas de moda o los futbolistas quienes ocupan el lugar que antes alojaba a los críticos e intelectuales que hablaban o escribían sobre los acontecimientos relevantes, pues ahora las telenovelas y el fútbol ocupan los tiempos de mayor audiencia en la televisión:

Para Platón, Sócrates, Aristóteles y demás frecuentadores de la Academia, el cultivo del cuerpo era simultáneo y complementario del cultivo del espíritu, pues creían que ambos se enriquecían mutuamente. La diferencia con nuestra época es que ahora, por lo general, la práctica de los deportes se hace a expensas y en lugar del trabajo intelectual. Entre los deportes, ninguno descuella tanto como el fútbol, fenómeno de masas que, al igual que los conciertos de música moderna, congrega muchedumbres y las enardece más que ninguna otra movilización ciudadana: mítines políticos, procesiones religiosas o convocatorias cívicas (pp. 39-40).

El ejemplo reciente del canal televisivo que optó por transmitir un partido de fútbol en lugar del debate de los candidatos a la Presidencia de la República lo dice todo.

Otro elemento que forma parte del “espectáculo” que ha sustituido a la cultura en el mundo actual es, por una parte, la droga y los estupefacientes y, por otra parte, la proliferación de creencias, sectas y toda clase de modos de practicar la religión, desde el espirituali-

mo oriental como el budismo, budismo zen, tantrismo, yoga, hasta las Iglesias evangélicas como el cuarto camino, el rosacruzismo, la iglesia de la unificación, así como la cienciología tan popular en Hollywood (p. 42). Y añadido otra más, como la Santa Muerte, etcétera.

Es obvio que de lo que se trata es de tener la tranquilidad y el sosiego espiritual que todos los seres humanos necesitamos, pero que no todos obtenemos del mismo modo. Ésa podría ser otra manera de ponderar la cultura de cada quien: “dime cómo te sientes bien, o en qué crees, y te diré quién eres”. Vargas Llosa sostiene que:

Sólo pequeñas minorías se emancipan de la religión reemplazando con la cultura el vacío que ella deja en sus vidas: la filosofía, la ciencia, la literatura y las artes. Pero la cultura que puede cumplir esta función es la alta cultura que afronta los problemas y no los escabulle... La cultura de superficie y oropel, de juego y pose, es insuficiente para suplir las certidumbres, mitos, misterios y rituales de las religiones que han sobrevivido a la prueba de los siglos. En la sociedad de nuestro tiempo los estupefactos y el alcohol suministran aquella tranquilidad momentánea del espíritu y las certezas y alivios que antaño deparaban a los hombres y mujeres los rezos, la confesión, la comunión y los sermones de los párrocos (pp. 43-44).

Otros datos a tomar en consideración, y que sólo voy a mencionar con sus características distintivas según Mario Vargas Llosa, son: *el eclipse del intelectual*, que ha sido sustituido en los escenarios por los cantantes de rock o los actores y deportistas de moda. “En la civilización del espectáculo: el cómico es rey”. Y esto por una razón primordial: la frivolidad se ha convertido en una suerte de cosmovisión, según la cual todo es apariencia. Es decir, juego y diversión.

Si tomamos en cuenta el *cine* actual y lo comparamos con las creaciones de Bergman, Visconti o Luis Buñuel, notaremos que ahora se privilegia a las imágenes sobre las ideas; el humor sobre la gravedad; la trivialidad sobre lo profundo. En cuanto a las *artes plásticas*, el arte es visto como juego y farsa. La *política* no se queda atrás en cuanto a su banalización. El político actual presta más atención “al gesto y la forma que importan más que sus valores, convicciones y principios” (p. 50).

En lo relativo al *sexo*, Vargas Llosa considera que ha habido cambios positivos como la aceptación de las uniones libres, la reducción de la discriminación machista contra las mujeres, los *gays* y otras minorías, pero se ha trivializado el acto sexual que se ha vuelto una suerte de deporte o pasatiempo, más o menos como la gimnasia y el fútbol. Por tanto, el *erotismo* ha ido desapareciendo con la secrecía y la clandestinidad que se han borrado con la abolición de lo privado.

El *periodismo* también ha recibido la impronta de los nuevos tiempos. Las noticias cada vez importan más, no tanto por su significación económica, política, cultural y social, sino por su novedad. Ha de ser “sorprendente, insólita, escandalosa y espectacular”. Por ejemplo: *¡Hola!*, que ahora se publica en español y en once idiomas más: “es ávidamente leída por millones de lectores en el mundo entero que la pasan muy bien con las noticias sobre cómo se casan, descasan, recasan, visten, desvisten, se pelean y dispensan sus millones, sus caprichos y sus gustos, disgustos y malos gustos, los ricos, triunfadores y famosos de este valle de lágrimas” (p. 53).

Por último, las *catástrofes*: terremotos, maremotos, *tsunamis* —esa graciosa palabra recién incorporada a nuestro vocabulario para nombrar lo terrible de las desgracias de los ciclones y maremotos— “hasta los crímenes en serie, sobre todo si en ellos hay los agravantes del sadismo y las perversiones sexuales” (p. 57).

La conclusión a la que llega Vargas Llosa es que:

No está en poder del periodismo por sí solo cambiar la civilización del espectáculo, que ha contribuido a forjar (p. 58). Pero —añade— hemos conseguido una victoria pírrica, un remedio peor que la enfermedad: vivir en la confusión de un mundo en el que paradójicamente como ya no hay manera de saber qué cosa es cultura, todo lo es y ya nada lo es (p. 69).

¿Quiere todo esto decir, me pregunto no sin angustia, yo que siempre creí en la teoría del progreso —con algunos apegos— que, como quiere el viejo dicho, “todo tiempo pasado fue mejor”? Esto es algo que hay que tomar en consideración antes de emitir un juicio definitivo sobre un asunto de tanta importancia. Por lo pronto, el Estado ya no es lo que era; la cultura ya no es lo que era; en definitiva, *ya nada es lo que era*. ¿Es la velocidad en la que nos movemos, la frivolidad que nos rodea, la trivialidad de lo que hacemos? ¿O, tal vez, los traspiés del *Homo sapiens* atribuidos al *Homo videns* (o a la inversa); los gestos del *Homo ludens*, o las insensateces del *Homo hominis lupus* son las que han provocado este rompecabezas que ahora tratamos de armar? ¡Ah, pero eso sí, con una Revolución Científica y Tecnológica extraordinaria! Que ha creado las naves espaciales —que con sus excursiones ha formado un ancho cinturón de basura alrededor del globo—, en busca de un planeta con oxígeno y agua, para que una vez que el bióxido de carbono que producen fábricas y autos acaben con la Tierra, tener un refugio donde los habitantes de los países ricos puedan encontrar un nuevo hogar y comenzar una nueva etapa? **U**

Texto leído en el Club de Periodistas, en el ciclo Los Grandes Problemas Nacionales, Diálogos por la Regeneración de México, el 15 de mayo de 2012.